

El Periodista Salvador Reyes

Como homenaje al ex colaborador de "El Mercurio" en el cuarto año de su fallecimiento, publicamos hoy las páginas de introducción a su nuevo libro de crónica, próximo a entregarse a la circulación.— (N. de la R.).

La personalidad de poeta y novelista de Salvador Reyes ha mantenido en segundo plano su obra de colaborador de prensa. Por primera vez se publicará una selección de las crónicas que escribió a través de los años en "El Mercurio" de Santiago y de Antofagasta, con la cual mantuvo una comunicación ininterrumpida durante casi medio siglo de labores literarias.

Nunca fue un periodista de planta, amarrado a la labor cotidiana, sino que un hombre que escribía a voluntad, aunque con vocación invencible de comunicarse con otros y de variar sus observaciones e impresiones con pulcritud y calidad que no son comunes en los periodistas que se ven obligados a producir diariamente, en forma desigual y sin que se oculte del todo que los mueve el deber antes que la inspiración.

No podía menos que ser esporádica la tarea periodística de Salvador Reyes, dado que se enroló desde muy joven en la profesión diplomática y ella lo llevó a través del mundo por los países más diversos y alejados de Chile. Allí donde se encontrara captaba la actualidad y la transmitía con vibraciones propias de su imaginación sensible. Así fue acumulando cuadros e instantáneas de por lo menos tres continentes, donde desempeñó cargos consulares. Pero hay largos períodos en su trabajo periodístico que corresponden exclusivamente a Chile y en particular el que le tocó cumplir en "El Mercurio" de Santiago hasta el fin de sus días, después que terminó su carrera funcionaria.

Corresponde particularmente a este último período la selección que hoy se reúne en un volumen, donde el lector encontrará algunas de las más auténticas cualidades del narrador del acontecimiento y del fino analista de la psicología chilena, que fueron características del brillante intelectual desaparecido en 1970.

No son frecuentes las antologías periodísticas, porque existe la difundida creencia de que lo que se escribe para los diarios no tiene más de 24 horas de duración. Para contradecir esta idea siempre he opuesto la perdurable vigencia de los artículos de Mariano José de Larra. El inimitable Figaro fue novelista, autor de ensayos y poeta, pero logró salvar de toda esa obra solamente sus famosos artículos escritos durante uno de los períodos de mayor perturbación de la vida de España, crónicas que sobreviven hasta hoy y pueden leerse con una actualidad que borra los 150 años de distancia que nos separan de él.

Parece que la regla inexorable para todo escritor —y el periodista suele serlo— a quien se quiere trasladar a las páginas del libro, es que los artículos contengan ideas e ingredientes de la sociedad de su tiempo y de la psicología de sus hombres que los hagan perdurables. En otras palabras deben esos artículos resistir la corrosiva labor de los años y ofrecer un panorama del tiempo en que fueron escritos capaz de interesar a las generaciones actuales y del futuro. Y no hay para qué recalcar que en todos los géneros literarios se distingue lo que es clásico de lo que es eventual y pasajero por la posibilidad de interesar al lector de cualquier tiempo.

Es por eso que en la selección de artículos de Salvador Reyes, los más sobresalientes y actuales son aquellos en que se analizan las costumbres y la psicología de nuestro pueblo. También son los que mejor prueban la adhesión entrañable de Salvador Reyes a su tierra y a su gente.

Es pertinente anotar que los artículos reunidos bajo el rubro "Del Carácter Nacional" son profundamente representativos de este vínculo entre el periodista y el medio ambiente y prueban que las largas inmersiones en la vida internacional de quien los escribió, no consiguieron debilitar las esencias nativas de su espíritu.

Lo que justifica estas líneas de introducción a la antología periodística de Salvador Reyes es el contacto que con él mantuve, aunque con largos espacios de separación, excepto los últimos cinco años en que colaboré para "El Mercurio" de Santiago, y lo que pude extraer de ese contacto como visión integral de su personalidad. No fueron la vinculación regional —ambos nacidos en la provincia de Antofagasta— ni la camaradería de juventud —casi coetáneos— ni, por último, las espaciadas reuniones en la Academia Chilena, las que hicieron nacer nuestra amistad, tal vez demasiado breve para mi beneficio y satisfacción.

Había sido lector de sus apasionantes novelas de ambiente porteño, de aventuras y de fantasía, pero por primera vez me tocó encontrarlo en octubre de 1947, siendo él Cónsul en París. La mediación de otro chileno nos dio oportunidad de conocernos y a mí de disfrutar durante algunos días de la inteligente compañía de un conocedor de la capital de Francia como pocos extranjeros llegan a serlo. Todos los enigmas que ofrece París para un recién llegado eran antiguos descubrimientos para

Salvador Reyes. Conservando su modestia para vivir y sin el óxido que suele atacar la mentalidad de los diplomáticos, era un ciudadano del corazón de París, guía sin aspavientos, conocedor de la urbe, habitué del teatro francés que un suficiente conocimiento del idioma nos permitía disfrutar de vez en cuando, y un amante de las librerías de especialidades en las cuales el neófito necesariamente se asombraba. Las recorriamos con pausa y ojo ávido para descubrir alguna oportunidad, especialmente en las "de viejo", más al alcance de turistas poco adinerados. Simplemente por rito llegábamos también a las de lujo, y recuerdo que en una oportunidad nos detuvimos frente a una vitrina donde aparecían dos grandes ejemplares, uno al lado del otro, del "Telemaco" de Francisco de Fenelón. Debajo de uno de ellos había un cartón que decía 1712 y debajo del otro el año 1947. Entre esos dos cartones, una leyenda de la casa impresora que decía simplemente: "la continuidad del esprit français" (la continuidad del espíritu francés). Era imposible advertir diferencia entre los dos trabajos gráficos: el de la artesanía del siglo XVIII y el salido de la imprenta en 1947.

Antes de separarnos me instó a visitar en Madrid a don Pío Baroja con quien había mantenido Salvador Reyes, una amistad larga en París, durante el exilio del escritor vasco después de la Guerra Civil. Su acercamiento era comprensible, pues ambos era huraños, difíciles



Salvador Reyes

de sacarles la corteza y de llegar a la intimidad sensible. Excéntricos en cierta medida y enemigos de la publicidad estruendosa.

Cumplí aquel encargo, porque regresaba precisamente por España, en diciembre de 1947. Accidentado regreso, ya que estaban rotas las relaciones diplomáticas entre Francia y la Península y había que hacer el recorrido de una faja entre los dos países, marchando a pie hasta llegar a la aduana española. Una vez en Madrid cumplí la misión de Salvador Reyes de saludar a su amigo Baroja, a quien por ese tiempo muchos de sus exilados connacionales lo criticaban por haber vuelto a España, sin acuerdo previo con los comités políticos, a los cuales nunca se subordinó el anárquico autor de "Aurora Roja" y "Zalacain el aventurero". Cuando me encontré frente a él, en su pequeña casa, acompañado sólo por su vieja hermana Carmen comprendí la razón de su regreso: el temor de morir fuera de todo lo que para él significaba España. Acurrucado en su sillón y envuelto en una manta, emergía su rostro de barba cana, de mirada vivaz, como la de un gato en edad de no seguir corriendo aventuras. Estaba en el dintel de los ochenta. Al conocer el motivo de mi visita me la agradeció efusivamente y me invitó a acompañarlo unos momentos.

—¿Chile...? ¿Gabriela Mistral?, fueron sus palabras iniciales. Así asociaba el país don Pío. Dijo algunas palabras sobre la poetisa, cuyo nombre resonaba todavía, en esos días, a raíz de haber recibido el Premio Nobel. No era don Pío un devoto de los escritores hispanoamericanos. Había calificado a las Américas en un momento de irreflexión iracunda como "El Continente estúpido". Fueron llegando a esta tertulia circulante un escritor joven; el cuñado y editor de las obras de don Pío, con lo que la conversación se hizo general y me libré de seguir incursionando en temas chilenos. Doña Carmen templó el frío de la habitación con una taza de chocolate y una copita de anís.

Pío Baroja volvió pronto al recuerdo de las andanzas que había hecho en París con Salvador Reyes y tuvo palabras afectuosas para el escritor chileno.

—Lo toman más en serio que a muchos españoles —me dijo—... lo han traducido. Leí en

francés la versión de uno de sus mejores libros.

Aquella visita que me había depurado el encargo de mi amigo fue tal vez la más grata, aunque breve, que me tocó realizar en España, aún torturada, por la guerra y la dramática pobreza de la postguerra.

A través de casi 20 años, mis contactos con Salvador Reyes estuvieron constituidos por la recepción periódica de sus crónicas, con las que comencé a alternar su colaboración que había sido hasta entonces habitual, en "La Unión" de Valparaíso, uno de los puertos más queridos de su litoral literario; Alfredo Silva Carvallo, Director de aquel periódico, de antigua y prestigiosa trayectoria, cuya falta siempre se lamenta, lo facultó para esta colaboración alternada entre su diario y "El Mercurio" de Santiago. Fue así como sus últimos años de periodista los participamos equitativamente. Al abandonar la carrera diplomática y fijar su residencia en Santiago, comenzamos la última etapa de una amistad que se hizo cada vez más estrecha y que no sólo se desarrollaba en el diario sino que alcanzó hasta la intimidad del hogar, donde Salvador Reyes contaba con la inteligente compañía de su esposa, Suzanne Bertrand.

En la última parte de la década del 60 la salud de Salvador empezó a resentirse, y entonces pudimos apreciar una faceta de su personalidad que había tenido manifestaciones combativas y resueltas durante su período de labores en la prensa porteña. Los incidentes fronterizos con Argentina lo llevaron a escribir obras de encendida polémica y defensa de la posición de Chile. También menudearon en las páginas de "El Mercurio" artículos sobre este tema. Sea que las diferencias surgieran por las posesiones marítimas australes de Chile o en la controversia fronteriza de Palena, Salvador Reyes, saltaba a la palestra para exponer vigorosos argumentos en favor de la causa nacional. Estas patrióticas preocupaciones coincidían, por lo demás, con su idealista noción de que el destino del país estaba íntimamente vinculado a las rutas marítimas y a la defensa palmo a palmo de los Estrechos en la zona austral, así como de las posesiones territoriales en las líneas demarcatorias con países vecinos.

En estas batallas periodísticas Salvador Reyes estuvo asociado a todas las instituciones que de algún modo se relacionaban con el mar territorial. La Marina de Guerra lo hizo objeto de especiales distinciones, permitiéndole viajar en sus barcos, no sólo para el estudio de los problemas de soberanía, sino también dándole ocasión de recoger valiosas observaciones para escribir una de sus obras más inspiradas, como la que dedicó a la Antártida, bajo el título "El Continente de los Hombres Solos".

Toda su obra literaria estaba trasnada por el sentimiento marino y también la que escribió en artículos de prensa. Le dolía la incompreensión de Gobernantes compatriotas acerca de la importancia que el mar tiene para nosotros. En una oportunidad dijo: "Aquí el mar está ausente como en tantas otras manifestaciones de nuestra vida. Cuántos motivos artísticos y pintorescos ofrece la dilatada costa chilena, desde los hielos de la Antártida hasta las fieras rocas nortinas con sus formas alucinantes; cuántas escenas típicas pueden interpretarse en los puertos, algunos tan saturados de personalidad como Valparaíso, Punta Arenas, Puerto Montt, Antofagasta, para citar los menos posibles".

La pasión por el mar de Salvador Reyes le valió emotivos y singulares homenajes a raíz de su fallecimiento. En ellos participaron la institución simbólica "El Caleuche", que recibió sus cenizas de manos de Suzanne de Reyes; el Cuerpo de Voluntarios de los Botes Salvavidas, en Valparaíso, la Hermandad de la Costa. Culminaron estos homenajes con el transporte de la pequeña ánfora en que se recogieron sus restos incinerados en un barco de la Marina de Guerra para esparcir las cenizas sobre su amado mar de Antofagasta, "a la cuadra" del Puerto de su juventud.

No podía omitir algunas líneas sobre Salvador Reyes en su etapa final de "El Mercurio". Nos visitaba diariamente para depositar, sin comentario, alguno de sus artículos que habrían de publicarse semana a semana y a veces con mayor frecuencia, aportando al diario la brisa fresca de sus reflexiones, de su profundo humorismo para mirar la vida y de esa leve e irónica mordacidad con que fustigaba los vicios, la falta de imaginación y la lentitud para reaccionar que observaba en el chileno común.

Cuando el mal avanzaba y le era difícil llegar al diario hacia sin embargo el peregrinaje a la redacción algunas veces acompañado por su esposa. Finalmente fue necesario visitarlo en su casa y en la Clínica, donde eludía tocar el tema de sus mortificaciones y se despedía, entregándonos furtivamente sus últimos artículos, en los que no decayeron nunca las notas de alegre comentario, como si quisiera mantener una máscara para no revelar sus dolores y sentimientos.

Días heroicos de quien no quiso apartarse hasta la última hora de la obligación de comunicar a los demás el incesante bullir de su imaginación y de cumplir un deber que le nacía del alma.

René Silva Espejo